

INTRODUCCIÓN: LOS FUNDAMENTOS DEL ARTE EGIPCIO

Cruz Martínez de la Torre

Esquema de contenidos

1. El contexto histórico del Egipto faraónico
 - 1.1. El medio geográfico
 - 1.2. El poder faraónico y la administración del Estado
 - 1.3. Cronología
 - 1.4. Sociedad egipcia
 - 1.5. Religión egipcia: cosmogonías y panteón de dioses
2. Las distintas facetas del arte egipcio
 - 2.1. El papel del arte y del artista en Egipto
 - 2.2. Materiales y técnicas artísticas
 - 2.3. La importancia de la escritura en el arte egipcio

1. El contexto histórico del Egipto faraónico

1.1. *El medio geográfico*

Los antiguos egipcios denominaron a su país *Kemet*, vocablo derivado de *Kemi* que significa “tierra negra”, en alusión a las oscuras tierras fecundadas por el río Nilo, procediendo su actual nombre del término griego *Aigyptos*, empleado a partir de la época de Homero. Considerado Egipto ya en el siglo V a.C. por el historiador griego Herodoto como un “don del Nilo”, su historia es, ante todo, la conquista de este río.

Enclavado geográficamente en la zona nororiental del continente africano, el territorio egipcio estuvo condicionado desde la Antigüedad por dos factores determinantes: el gran desierto del Sahara, en cuyo extremo nororiental se halla situado, y el estrecho y largo valle del caudaloso río Nilo, cuyas aguas atrave-



Figura 1. *Mapa de Egipto.*

san este desierto escindiéndolo en la zona oriental, o desierto arábigo, y en la occidental, o desierto líbico (Fig. 1). Ambos factores constituyeron realidades opuestas, en constante enfrentamiento, definiendo muchos de los caracteres determinantes de la ideología religiosa y de la realidad social y económica de su antigua cultura.

La vasta, árida y des poblada región desértica, denominada *Khaset* o Tierra Roja por sus antiguos pobladores, carece de precipitaciones y discurre a ambos lados del valle del río, siendo desde los inicios una fuente importante de materias primas, fundamentalmente de piedra y de minerales. Tanto el desierto arábigo como el líbico confieren al país el carácter eminentemente árido que le distingue, ocupando ambos más del 90% del total de su superficie. En el interior del desierto occidental se albergan una serie de oasis, como el de El Fayum, que hacían de barrera a las incursiones de las poblaciones libias, mientras que en el desierto oriental, la cadena Arábigo constituye un obstáculo natural que no ofrece más que algunos lugares que permiten el paso entre el valle del Nilo y el mar Rojo. Al norte de ella se encuentra el istmo de Suez, zona que permite la vinculación de este país con otras

culturas del Próximo Oriente, mientras que al sur de la primera catarata se extiende Nubia, región de difícil acceso y gran importancia comercial. Los márgenes de ambos desiertos poseyeron caracteres claramente diferenciados en la Antigüedad, constituyendo la franja del desierto arábigo colindante con el río el lugar preferente de residencia de los vivos, al salir el sol por el este, mientras que la margen ribereña del desierto líbico se empleó fundamentalmente como lugar de enterramiento de los muertos, al ponerse este astro por el oeste.

Pese a que ambos desiertos forman parte del país, Egipto tiende a identificarse con las estrechas tierras fecundadas por el gran río Nilo, que las surca de sur a norte desde Assuán hasta el mar Mediterráneo. Antes de atravesar este país el río se desplaza a través de casi siete mil kilómetros, desde su nacimiento en el corazón de África en las denominadas Fuentes del Nilo, próximas al lago Victoria, hasta Sudán, donde se le denomina Nilo Blanco. Tras su unión con el Nilo Azul en Jartum, a partir de esta ciudad y de Assuán se le denomina Nilo o Gran Nilo, hallándose interrumpido su fluir por seis cataratas. Entre la primera, próxima a Assuán, y el Mar Mediterráneo su cauce discurre a lo largo de unos mil doscientos kilómetros determinando la existencia de dos regiones naturales claramente diferenciadas, ambas sometidas periódicamente a sus inundaciones: el largo y estrecho valle fluvial cultivable entre ambos desiertos, o Alto Egipto, y el delta del río, o Bajo Egipto, cuyos límites costeros se hallaban retrotraídos hacia el sur en la Antigüedad. En las riberas de dichas regiones aparecieron, desde tiempos remotos, una serie de núcleos urbanos conectados entre sí mediante un intenso tráfico fluvial, constituyendo así el Nilo no solo una fuente de vida sino la principal vía de transporte humano y de materias primas (Fig. 2).

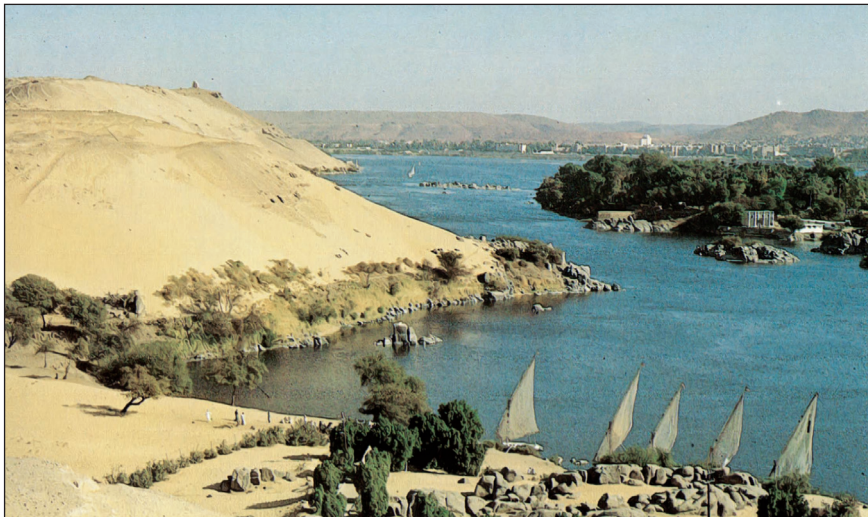


Figura 2. *Río Nilo.*

Los antiguos egipcios denominaron tanto al Alto como al Bajo Nilo *Kemi*, o Tierra negra, por oposición al desierto, *Khaset*, o Tierra roja. Además de estas dos regiones, los egiptólogos suelen aludir también a la existencia de una zona intermedia entre ambas, denominada artificialmente Egipto Medio, que contiene restos arqueológicos de interés. Tanto en la región del Alto Egipto como en las tierras del Bajo Egipto las crecidas anuales que experimentaba su caudal durante el verano y el otoño inundaban la llanura y el delta, determinando el ritmo de las estaciones y fertilizando periódicamente, mediante el oscuro limo, la estrecha llanura aluvial de tierra cultivable de las márgenes del desierto circundante.

En la Antigüedad el clima era más húmedo que actualmente y la cosecha anual dependía únicamente de la crecida estival, de tal forma que si el nivel alcanzado por las aguas era el adecuado se producían abundantes cultivos para cubrir las necesidades alimenticias de la población, mientras que si la crecida era escasa durante varios años seguidos se podían generar terribles hambrunas. Por esta razón, uno de los principales deberes de los distintos monarcas era velar para que el Nilo fuera benévolo y favoreciera la llegada de inundaciones periódicas controlables que permitieran obtener abundantes cosechas. Su manejo a través de un complejo sistema de canales, diques y terrazas de cultivo garantizó la seguridad de las plantaciones y, consecuentemente, el mantenimiento de la población. En la actualidad con la construcción de la presa de Assuán la irrigación es constante, lo que ha permitido la ampliación de las zonas de cultivo, si bien los campos que antes de su construcción se abonaban naturalmente mediante el limo que arrastraba el río hoy deben fertilizarse químicamente, al retener la presa los nutrientes naturales.

Entre la variada vegetación de las marismas y lagos menos profundos crecieron el papiro, el nenúfar y el loto blanco y azul, mientras que las partes bajas de la superficie inundada del lecho del río estaban pobladas de juncos, plantas todas ellas ampliamente representadas en la decoración pictórica y escultórica de templos y tumbas. Además, el valle del Nilo albergó siempre numerosas especies de aves acuáticas, peces y reptiles, representados igualmente en las artes figurativas (Fig. 3). Así mismo, Egipto contó en su subsuelo con importantes recursos geológicos que posibilitaron la presencia de inagotables canteras, lo que determinó el empleo de la piedra como componente básico de la mayor parte de sus obras.

1.2. El poder faraónico y la administración del Estado

El antiguo sistema político egipcio estuvo fundamentado en la existencia de una monarquía absoluta con un importante carácter divino. El faraón reunía en su persona el dominio político y las más altas funciones religiosas, dán-



Figura 3. Pintura mural de la Tumba de Najt. Sheik' Abd el-Gurna. Reino Nuevo, XVIII Dinastía.

dose una frecuente fusión entre religión y Estado. Una de las principales tareas para con sus súbditos consistía en preservarles de las constantes fuerzas negativas que acechaban al universo, rechazando los peligros con los que constantemente debía enfrentarse la población egipcia. Estos se evidenciaban a través de las enfermedades, la hambruna o los desastres derivados de las fallidas contiendas guerreras, lo que, de lograrlo, perpetuaba la inalterabilidad de la institución regia. La aparición en el Período Predinástico de líderes carismáticos, como Narmer, posibilitó la unificación del país bajo un único mando, creando un primitivo Estado donde se fijaron las funciones regias y las normas en las que se fundamentaría la civilización egipcia desde sus orígenes dinásticos hasta su desaparición: perpetuar los principios de Maat, diosa de la justicia y suprema guardiana del orden universal, y proteger a la sociedad de todas las variantes del caos. Con los cambios acontecidos a finales del Reino Antiguo este deber regio pasó a ser asumido por el conjunto de la sociedad, ya que del esfuerzo conjunto para el mantenimiento del orden cósmico creado por los dioses dependía la continuidad de su existencia.

Ya desde el comienzo de los tiempos históricos el rey, al ser considerado como un dios en la tierra, fue el único interlocutor válido entre los dioses y los hombres, encargándose como sumo sacerdote de mantener el orden universal, establecido por los dioses y afianzado también por toda la sociedad egipcia,

mediante el ejercicio del culto. Su inmenso poder, derivado de su naturaleza divina, le facultaba para mantener la estructura del cosmos, establecida inicialmente por los dioses durante la creación, lo que, en definitiva, posibilitaba la existencia de un Egipto fuerte, próspero y culturalmente longevo. Sin embargo, el rey solamente fue considerado como un dios durante el Reino Antiguo, conceptuándose posteriormente a la institución regia, y no a la persona del monarca, como divina. Con la crisis de finales del Reino Antiguo, desestabilizado el reino y debilitada la prosperidad del país, la función de la realeza y de su máximo representante comenzó a cuestionarse, pasando a ser desempeñada por los gobernadores provinciales. Posteriormente, tras la reunificación del país en el Reino Medio, el concepto de lo divino se trasladó de la persona a la institución, manteniéndose esta concepción posteriormente.

Egipto fue un Estado territorial centralizado en el que la ciudad fue su entidad más destacada. En él, al igual que en las culturas del Próximo Oriente, surgen los primeros caracteres asociados al concepto de civilización, tales como la aparición del ordenamiento urbano, la administración, el derecho, la escritura, la diplomacia, el comercio internacional y otros factores que chocan frontalmente con el concepto de cultura primitiva con el que en muchas ocasiones se ha conceptuado esta parte de su historia. Administrativamente el país se hallaba dividido en cuarenta y dos distritos administrativos, o provincias, denominados *nomos*, que se hallaban repartidos entre el Alto y el Bajo Egipto. El control del aparato administrativo y del funcionamiento de la justicia correspondió al visir, su máximo responsable por delegación regia. El derecho egipcio se fundamentó en la observación de unas normas procedentes del Estado, destinadas al mantenimiento de la ideología y de su estructura política, social y económica, y en el derecho consuetudinario, aplicable al cumplimiento de unas reglas sociales destinadas al conjunto de la población. La justicia se ejercía a través de los tribunales de corte, los cuales promulgaban sentencias a través de los jueces, dictándose penas ejemplares con objeto de evitar la reiteración de delitos tales como el saqueo de tumbas o las conspiraciones que sufrieron algunos de sus reyes. Ambos conceptos evolucionaron con el transcurso de los siglos, conservándose abundante información sobre derecho internacional durante el Reino Nuevo, momento clave de expansión de los territorios del Estado.

Los funcionarios formaban un sector privilegiado dentro del aparato administrativo, especialmente los escribas, indispensables no solo en las tareas de gestión del Estado sino también en la custodia de su ideología (Fig. 4). Todos ellos trabajaban en los centros oficiales y en los templos, lugares que, además de las funciones religiosas, también desempeñaban funciones administrativas, económicas y comerciales.

El Estado egipcio no fue esclavista, como en ocasiones se le viene considerando, si bien durante el Reino Antiguo una parte de su población estaba obligada a prestar servicios al mismo durante unos meses, generalmente coin-

cidentes con la temporada de inactividad agrícola, para participar en diferentes trabajos, tales como la construcción de obras hidráulicas, las expediciones regias destinadas a la obtención de materias primas inexistentes en el país, la construcción de grandes monumentos o bien colaborando en las campañas militares en las diferentes provincias. Estas prestaciones obligatorias al Estado se transformaron a partir de la IV Dinastía con los denominados “Decretos de Exención”, que liberaban a todas las personas adscritas al mantenimiento del culto funerario regio. Solamente en el Reino Nuevo se constata a través de los textos y de las representaciones artísticas la presencia de esclavos vinculados, sobre todo, al ámbito doméstico.



Figura 4. *Escriba sentado*.
Reino Antiguo, V Dinastía. El Cairo,
Museo Egipcio.

1.3. Cronología

El arte egipcio tiene el mérito de reflejar una gran cultura que perduró durante más de tres mil años, desde la oscura Época Predinástica, hasta los inicios de nuestra era, momento en el que, tras el ocaso de la Dinastía Ptolemaica, dio comienzo la fase romana, en la cual las creaciones artísticas perdieron definitivamente el esplendor y la razón de ser de épocas precedentes.

La cronología de los distintos periodos que conforman su larga secuencia cultural varía de unos investigadores a otros. No obstante, existen una serie de ellos, aceptados por la mayoría de los egiptólogos con ligeras diferencias en sus límites de datación, que se fundamentan en las divisiones temporales legadas por Manetón de Sebennitos, historiador y sacerdote de Heliópolis que vivió entre los años 305 y 285 a.C. Éste escribió una historia del país por encargo del faraón Ptolomeo I titulada *Aegyptiaca*, escrita en lengua griega en tres volúmenes, que tuvo como objetivo aproximar al mundo griego la historia, la religión y los acontecimientos políticos y culturales de los antiguos egipcios. De esta obra tan sólo se ha conservado la lista de los reyes, la duración de sus respectivos gobiernos y su organización en treinta y una dinastías. Además de los escritos de Manetón existen otros documentos incompletos, como el Canon de Turín, la Piedra de Palermo y las listas halladas en determinados templos, como

el de Karnak, que dejan la cronología abierta en algunas de las etapas. Las investigaciones de los egiptólogos, fundamentadas en el análisis de dichas fuentes y en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en distintos puntos del país en los últimos tiempos, han posibilitado perfilar una cronología más precisa de su historia, si bien en ocasiones discrepan entre ellos al respecto.

Con objeto de facilitar el estudio de las manifestaciones artísticas de esta singular cultura, y sin olvidar dicha problemática, se ha optado en este texto por aportar la siguiente clasificación cronológica basada en el establecimiento de grandes periodos donde se agrupan los reinados de los distintos faraones en dinastías, desde la I a la XXXI, surgidas con anterioridad a la conquista del país por parte de las tropas griegas de Alejandro Magno.

No obstante, es preciso tener en cuenta que el primero de dichos periodos se corresponde con la fase del inicio cultural del país, previa a la unificación del Alto y del Bajo Egipto bajo el mandato de un único faraón, y que el último coincide con la etapa grecorromana, cuando las formas seculares egipcias se mezclan con el ideal helénico y pierden su ancestral fundamento ideológico.

Atendiendo a las mencionadas consideraciones se ha dividido la historia de este país en los siguientes periodos, conforme a la cronología de Baines y Malek:

Periodo Predinástico (4500-2920 a.C.):

- Badariense (4500 a.C.)
- Nagada I (4000 a.C.)
- Nagada II (3500 a.C.)
- Finales del Predinástico (hacia 3000 a.C.). Fundación del Estado egipcio

Dinástico Temprano o Protodinástico (2920-2575 a.C.):

- Dinastía I (2920-2770 a.C.)
- Dinastía II (2770-2649 a.C.)
- Dinastía III (2649-2575 a.C.)

Reino Antiguo (2575-2134 a.C.):

- Dinastía IV (2575-2465 a.C.)
- Dinastía V (2465-2323 a.C.)
- Dinastía VI (2322-21150 a.C.)
- Dinastías VII-VIII (2150-2134 a.C.)

I Periodo Intermedio (2134-2040 a.C.):

- Dinastías IX-X (2134-2040 a.C.), Heracleopolitanas
- XI Dinastía (2134-2040 a.C.), Tebana

Reino Medio (2040-1640 a.C.):

- Dinastía XI (2040-1991 a.C.)
- Dinastía XII (1991-1783 a.C.)

II Periodo Intermedio (1640-1532 a.C.):

- Dinastía XIII (1793-1640 a.C.)
- Dinastía XIV (grupo de reyes menores contemporáneos a la XV y XVI Dinastías)
- Dinastía XV (1585-1542 a.C.). Reyes hicsos
- Dinastía XVI (gobernantes menores contemporáneos a la XV Dinastía)
- Dinastía XVII (1640-1550 a.C.). Reyes tebanos

Reino Nuevo (1550-1070 a.C.):

- Dinastía XVIII (1550-1307 a.C.)
- Dinastía XIX (1307-1196 a.C.)
- Dinastía XX (1196-1070 a.C.)

III Periodo Intermedio (1070-712 a.C.):

- Dinastía XXI (1070-945 a.C.), Dinastía Tanita
- Dinastía XXII (945-712 a.C.), Dinastía Libia
- Dinastía XXIII (828-712 a.C.). Reyes de varias líneas coetáneas reconocidos en distintas zonas de Egipto
- Dinastía XXIV (724-712 a.C.). Efímeros reyes con capital en Sais
- Dinastía XXV (770-712 a.C.), Dinastía Kushita o Nubia. Gobierna en Nubia y área de Tebas

Periodo Tardío (712-332 a.C.):

- Dinastía XXV (712-657 a.C.), Dinastía Kushita o Nubia. Gobierna en Nubia y todo Egipto
- Dinastía XXVI (664-525 a.C.) Dinastía Saíta
- Dinastía XXVII (525-404 a.C.) I Periodo Persa
- Dinastía XXVIII (404-399 a.C.)
- Dinastía XXIX (399-380 a.C.)
- Dinastía XXX (380-343 a.C.)
- Dinastía XXXI (343-332 a.C.), II Periodo Persa

Periodo Grecorromano (322 a.C.-395 d.C.):

- Dinastía Macedónica (322-304 a.C.)
- Dinastía Ptolemaica (304-30 a.C.)
- Emperadores romanos (30 a.C.-395 d.C.)

1.4. *Sociedad egipcia*

El natural aislamiento geográfico del país, la suficiencia de sus recursos naturales y la pervivencia de sus creencias básicas propició la perdurabilidad de la civilización egipcia, a diferencia de lo que acontece en las culturas de pueblos vecinos, como los mesopotámicos, más proclives a sufrir invasiones y, consecuentemente, a incorporar las influencias culturales de otras etnias.

El poblamiento del valle del Nilo fue lento con anterioridad al IV milenio a.C. debido a las condiciones climáticas de la zona. Las tribus neolíticas llegadas probablemente desde el Mediterráneo oriental se establecieron en el Bajo Egipto, mientras que las originarias de la región sudanesa lo hicieron en el Alto Egipto, mezclándose presumiblemente todas ellas con la población previamente existente en las riberas del Nilo en asentamientos de carácter agrícola. Posteriormente fueron sobre todo los nubios, libios, griegos y romanos quienes se afincaron en el país hasta el fin de esta antigua civilización.

La estructura de la sociedad egipcia fue evolucionando con pequeñas variantes a lo largo de su historia. Durante la fase prehistórica el tipo de vida pasó de ser de nómada a sedentaria. La población habitó en pequeñas aldeas agrícolas, situadas a lo largo del valle, mientras que a partir de la unificación política del Alto y del Bajo Egipto comenzaron a crearse grandes aglomeraciones urbanas, algunas de carácter fortificado. El tamaño de las viviendas de estos asentamientos fue variable, respondiendo su planificación a la existencia de un sistema social y económico muy organizado y burocratizado.

La sociedad egipcia, de carácter básicamente agrario, ha sido conceptuada con frecuencia como piramidal. En su vértice superior se hallaba el faraón, con su familia y nobles más allegados, y por debajo se encontraban los funcionarios, escribas y sacerdotes, algunos de cuyos miembros se hallaban directamente vinculados mediante lazos de sangre con la institución regia. Este privilegiado grupo contrastaba con el resto de la población, compuesta fundamentalmente por campesinos y por escasos esclavos reclutados entre los condenados por la justicia y los prisioneros de guerra. Este extenso grupo carecía del acceso a la educación y a los bienes y tenía un nivel de vida muy elemental. En este mayoritario estamento poblacional la unidad familiar básica se integraba en un grupo superior para trabajar en instituciones que protegían a sus componentes, tales como talleres, templos o en las casas de los nobles. De ellas sus integrantes recibían un salario en especies por sus servicios, si bien la posesión de pequeños huertos y de animales les permitía el intercambio de productos en las distintas comunidades, completando así el salario obtenido en las instituciones. En dichas comunidades el hombre trabajaba en las labores del campo, mientras que la mujer lo hacía en el hogar preparando los alimentos y tejiendo ropas. Sus miembros estaban obligados a ejercer la prestación personal al monarca colaborando unos meses en la realización de diferentes trabajos, como en sus ingentes y lejanas empresas constructivas, en la realización

y mantenimiento de los sistemas hidráulicos o en el culto funerario regio. De esta forma, la vida cotidiana transcurría entre las obligaciones de la unidad familiar y las que les planteaba su relación con el Estado.

Egipto contó con un sistema económico perfectamente organizado, jerarquizado y burocratizado mediante el cual el faraón era el dueño de todas las rentas procedentes de la agricultura, de la ganadería y de la pesca, así como de las derivadas de la mencionada prestación personal obligatoria. El país careció de una economía de mercado en la que existiera el libre cambio entre los productores y los consumidores, encargándose las instituciones de proporcionar trabajo al conjunto de la población y de controlar todas las actividades económicas relacionadas con la producción, el almacenamiento y la redistribución de los bienes. La actividad agrícola fue, pues, la base económica del país, cultivándose prioritariamente trigo y cebada. La ganadería fue la segunda actividad importante, existiendo distintos tipos de animales que aportaban un complemento añadido a la dieta básica de pan y cerveza o bien constituían bestias de carga para el transporte a corta distancia. No obstante, en una sociedad eminentemente fluvial como la egipcia el Nilo fue la principal vía de comunicación para el traslado a larga distancia, jugando un papel determinante en el intercambio de productos entre distintas comunidades y en el desplazamiento de los pesados materiales empleados en las grandes empresas faraónicas. Para ello los egipcios desarrollaron un gran número de embarcaciones, destinadas tanto a la pesca

como al transporte de mercancías y de personas, construyéndose las primeras con haces de juncos mientras que las segundas se realizaron con sólidas maderas. Ambos tipos pueden constatarse tanto en sus relieves y pinturas como en algunos ejemplares llegados hasta nuestros días, como en el caso de la embarcación regia que fue enterrada, desmontada todas sus piezas, bajo la gran pirámide de Keops, ejemplar que se halla expuesto en la actualidad, ya articulado, en el museo erigido sobre el lugar en que fue descubierta (Fig. 5).



Figura 5. Barca del faraón Keops. Reino Antiguo, IV Dinastía. Gizeh, Museo de la Barca.

1.5. Religión egipcia: cosmogonías y panteón de dioses

La religión jugó un papel determinante en la concepción del mundo egipcio al hallarse impregnado todo él de la presencia del elemento divino, lo que se constata en la abundancia de templos, tumbas y demás creaciones artísticas relacionadas con las creencias y con el culto. Sus complejos mitos se redactaron durante la Época Baja, durante el dominio griego, como el de Seth que mata a su hermano Osiris quien, a su vez, es vengado por su hijo Horus, una



Figura 6. Ramsés I entre Horus y Anubis.
Relieve pictórico de la cámara mortuoria
de Ramsés I. Valle de los Reyes, Tebas.
Reino Nuevo, XIX Dinastía.

de cuyas versiones se la debemos al filósofo griego Plutarco. La riqueza y complejidad de su religión sorprendió a numerosos visitantes griegos y romanos durante esta última etapa de su civilización, llegando a afirmar algunos que el origen del panteón griego había que buscarlo en la mitología egipcia. Pese a tal apreciación, una de las diferencias fundamentales de los dioses egipcios con respecto a los griegos estriba en que los primeros carecen de comportamientos humanos y nunca intervienen en la vida de los hombres, como frecuentemente sucede con los segundos.

El pueblo egipcio tuvo una idea de la divinidad y del Más Allá coincidente, en esencia, con la realidad de su entorno terrenal, si bien mucho más feliz y próspero, pero en el que también existían peligros similares a los que la población se veía expuesta durante su vida cotidiana. Sus dioses, según el omnipresente principio de dualidad existente tanto en ésta como en otras antiguas culturas del planeta, regían la vida y la muerte, el cielo y la tierra, la noche y el día, la luz y la oscuridad y, en definitiva, el orden y el caos del universo. En la religión egipcia confluyeron numerosas creencias acumuladas durante el transcurso de los siglos mediante un largo proceso aditivo que permitió la permanencia de

antiguas divinidades junto a otras nuevas, sin necesidad de que las primeras fueran reemplazadas. Igualmente dos dioses podían asimilarse sin perder ninguno de ellos su identidad, pudiendo hallarse también diferentes manifestaciones de un mismo dios.

La naturalidad con que en las imágenes divinas se combinan atributos humanos y animales es también una de las características de su panteón. En su origen estas divinidades se manifestaron bajo la forma animal para asumir más tarde el aspecto humano, si bien sus originarias cabezas permanecieron superpuestas al cuerpo humano a lo largo de los siglos, creándose así imágenes mixtas. Tal es el caso de Sekhmet, quien poseía cuerpo de mujer y cabeza de león; de Hator, que portaba sobre su femenina cabeza cuernos de vaca; de Anubis, quien tenía cabeza de chacal (Fig. 6); o de Thoth, a cuyo antropomorfo cuerpo se superponía la cabeza de un ibis. Así pues, el panteón egipcio contó con una serie de multiformes divinidades, cuyos principios formaron parte de la religión oficial desde los orígenes, que permanecieron a través de los distintos periodos de su historia. Algunos de estos dioses tenían carácter principal, mientras que otros eran divinidades locales que se imponían cuando una comunidad o una ciudad asumían el liderazgo sobre las urbes vecinas. Dioses como Horus, el dios solar y de la naturaleza en su versión de inundación cíclica, y Seth, quien representaba la sequía, la violencia de las tormentas y la esterilidad de los desiertos, acabaron también simbolizando, respectivamente, la dualidad del Bajo Egipto y del Alto Egipto. Otros grandes dioses fueron Ra, asociado en el Reino Nuevo con Amón; Atón, la fuerza creativa del sol de la revolución cultural de Amarna; Gebt, la tierra; Nut, el cielo y Osiris, dios que simbolizaba la esperanza en la resurrección (Fig. 7). Este último, también desempeñó la función de dios de los muertos, inicialmente ejercida por Anubis, quien pasó a actuar desde entonces como dios embalsamador.



Figura 7. Estatua de Osiris de la Tumba de Psamético. Periodo Tardío, XXVI Dinastía. El Cairo, Museo Egipcio.

Los diferentes relatos referidos a la creación del mundo comparten básicamente todos ellos su estructura. Las tres cosmogonías más importantes, la de Heliópolis, la de Hermópolis y la de Menfis, coinciden en el origen del universo, variando tan solo en ellas el dios creador. En la primera Atón creó el mundo desde la colina primigenia, dando lugar a Shu y

Tefnut, el aire y la humedad respectivamente, quienes a su vez procrearon a la segunda pareja de dioses, Nut y Geb, el Cielo y la Tierra, de los cuales surgieron Isis y Osiris y Seth y Neftis, dando lugar al grupo de nueve dioses denominado Eneada heliopolitana. La cosmogonía de Hermópolis presenta a Thot como dios creador, surgiendo de las aguas primordiales cuatro parejas de fuerzas inertes y ocultas que adoptaron la forma de cuatro serpientes y de cuatro ranas, símbolos de fecundidad: Num y Nunet, las aguas abismales; Heh y Hehet, carentes de forma; Keku y Keket, la oscuridad; y Amon y Amonet, los ocultos. Por último, en la cosmogonía de Menfis Path fue el dios creador quien, mediante la conjunción de su pensamiento y palabra, concibe en su corazón y crea mediante su lengua. Dado que en este primer órgano se registraban las acciones que los hombres realizaban en vida no se extraía durante el proceso de momificación, con objeto de que el difunto pudiera llegar con él a los campos de Osiris tras haber superado el juicio final. Entre las creencias egipcias debe destacarse también la presencia de un mundo subterráneo, el cual oscuro, amenazador y en el que habitan innumerables fuerzas malignas, denominado Duat, que Ra, el Sol, tras ser dado a luz cada mañana por Nut, el Cielo, atravesaba todas las noches. En su difícil tránsito, tras encontrarse y unirse con el cuerpo momificado de Osiris, símbolo de vida y de renacimiento, Ra conseguía emerger victorioso al mundo, reflejando este viaje el proceso creador que se repetía a diario y que debía ser mantenido para la supervivencia del pueblo egipcio.

Además de la existencia de las divinidades de su panteón, los egipcios creyeron también en la presencia de una fuerza vital, manifiesta en los seres animados y en los inanimados, que circulaba sin tregua desde los inicios del mundo y cuya plena potencialidad se alcanzaba tras la muerte. Así, el hombre, surgido a partir de las lágrimas del dios creador Ra, estaba formado por los siguientes cinco elementos, unos tangibles y otros inmateriales: el cuerpo, el *Ka*, el *Ba*, el nombre y la sombra. El *Ka* y el *Ba* originariamente sólo pertenecieron a los dioses, asociándose el primero con la energía vital que acompañaba al individuo en la vida desde su nacimiento hasta su muerte y que, tras el óbito, continuaba viviendo en la tumba. El día del entierro, tras realizarle al difunto el ritual de la apertura de la boca consistente en restaurar los sentidos a la momia para que pudiera ejercer todo tipo de actividades vitales, dicha energía permanecía activa junto al difunto eternamente, siempre y cuando éste recibiera los cuidados oportunos encomendados a sus descendientes y a los sacerdotes de la necrópolis en la que fuera enterrado. Por esta razón el ajuar, las ofrendas y el ritual fúnebre eran fundamentales para la pervivencia eterna de este principio.

El segundo, el *Ba*, era un concepto próximo a la noción occidental de alma, cuya función parece que consistía en enlazar el *Ka*, que permanecía en la tumba, con el *Ank*, o espíritu transfigurado de la persona que lograba alcanzar la vida eterna entre las estrellas. Una de las características del *Ba* era que tenía



Figura 8. Pintura mural de la Tumba de Sennefer. Valle de los Reyes, Tebas. Reino Nuevo, XVIII Dinastía.

la posibilidad de abandonar la tumba y desplazarse a diferentes lugares que el difunto disfrutó en vida, pudiendo regresar a ella siempre que quisiera. Para posibilitar este retorno era imprescindible que el cadáver permaneciera incorrupto a lo largo de los siglos, por lo que el *Ba* estuvo estrechamente relacionado con la práctica de la momificación. Este costoso método estuvo solo al alcance de la élite egipcia, la cual disponía de los recursos necesarios para ello y para construirse una tumba (Fig. 8). Por el contrario, a la mayoría de la población, carente de dichos recursos, se la enterraba en simples fosas excavadas en el desierto, por lo que sus individuos esperaban poder alcanzar la vida futura no mediante la conservación del cadáver sino a través de la superación de un juicio final en el que se valorasen sus acciones terrenales y no su posición social. El *Ba* también se asociaba con la estatuaria funeraria, al constituir la imagen el duplicado del finado. Ésta le sustituía en el caso de que su momia sufriera algún daño accidental o provocado a lo largo del tiempo, razón por la cual estas efigies se solían esculpir en materiales duros con el fin de evitar su fragmentación.

Por último, el nombre era fundamental no solo durante la vida de la persona sino también tras su muerte, ya que su olvido y destrucción suponía su inexistencia, y la sombra era consustancial a la persona, pudiendo desplazarse rápidamente.

2. Las distintas facetas del arte egipcio

2.1. *El papel del arte y del artista en Egipto*

La civilización egipcia surge de la confluencia de una serie de factores de carácter geográfico y humano capaces de engendrar una original cultura cuyas peculiaridades perduraron, con ciertas variantes, a lo largo de sus más de tres milenios de historia, constituyendo algunas de sus premisas, como su concepción del cuerpo humano, un claro precedente de los caracteres que determinaron los inicios de la estatuaria griega. Por esta razón Egipto fue considerado en época romana como la cuna de la humanidad. Sus grandiosos monumentos ofrecen una solemnidad acorde con el vasto entorno espacial en el que surgieron, integrándose armónicamente en él. El estilo de las grandes obras, creadas en honor de los dioses y de los faraones, sus representantes en la tierra, se halla definido principalmente por la religión, por el concepto de monarquía y por la tradición. Esto se manifiesta en las consolidadas normas que determinaron la estructura de las construcciones religiosas, así como de las imágenes con las que se ornamentaron, donde se plasmaron tanto la relación de los gobernantes con los dioses como la glorificación de sus actos en la tierra. Por el contrario, las creaciones funerarias respondieron a la creencia en la existencia eterna del



Figura 9. *Tumba de Tutankamón. Valle de los Reyes, Tebas. Reino Nuevo, XVIII Dinastía.*

hombre tras la muerte en el Más Allá. Así, con el fin de garantizar su eternidad, la realeza y la nobleza egipcia crearon sus tumbas, en cuyo interior se enterraba dentro de bellos sarcófagos y rodeada de un rico ajuar funerario que evidenciaba su poder alcanzado en vida (Fig. 9). En ellas, los escultores y pintores reprodujeron escenas vinculadas a su vida cotidiana junto al Nilo, en las que el difunto las recrea eterna y mágicamente, y ejecutaron sus retratos, sustitutos en piedra para su cuerpo mortal en los que se depositaba el Ka, o fuerza vital que le acompañaba en la vida eterna.

El arte egipcio careció del sentido que este término tiene actualmente en nuestra sociedad, al ser el resultado de su experiencia religiosa, por lo que la interpretación de sus creaciones no puede efectuarse desde nuestros criterios culturales sin tener en consideración su propia lógica. Se trata, sobre todo, de un arte colectivo y anónimo donde el concepto actual de artista no existe, siendo los constructores, escultores, pintores y artesanos obreros especializados que trabajaban en las obras regias y en los encargos de carácter privado, tal como se puede apreciar en las paredes de la tumba del visir Rejmire, en Tebas, donde se puede contemplar detalladamente las múltiples actividades que éstos desarrollaron (Fig. 10). El hecho de que muchos de estos trabajos no fueran bien valorados por la sociedad, como el de los canteros o el del alfarero debido a las penalidades que conllevaban, no es óbice para que no se conozcan los nombres de algunos de los principales responsables de obras o la organización de la actividad de ciertos talleres artesanales especializados, como los de Deir el Medina, privilegiado enclave en el que vivían los trabajadores de la necrópolis del Valle de los Reyes, en Tebas. Los numerosos *ostraka*, o bocetos rápidos



Figura 10. Pintura mural de la Tumba de Rejmire. Sheik Abd el-Gurna. Reino Nuevo, XVIII Dinastía.

de ciertos talleres artesanales especializados, como los de Deir el Medina, privilegiado enclave en el que vivían los trabajadores de la necrópolis del Valle de los Reyes, en Tebas. Los numerosos *ostraka*, o bocetos rápidos



Figura 11. *Esbozo pictórico ejecutado sobre ostraka. Reino Nuevo, XIX Dinastía. Turín, Museo Egipcio.*

realizados sobre lajas de piedra caliza y trozos de vasijas hallados en la escuela local de escribas de este asentamiento, ilustran los proyectos artísticos de esta comunidad de artesanos especializados (Fig. 11). Además de estos soportes emplearon también el papiro a modo de hojas de apuntes donde dibujar un croquis rápido de sus diseños arquitectónicos y pictóricos.

Otro de los conceptos que también permanece ausente en la cultura egipcia es la noción de belleza en sí misma, debiendo valorarse más que la creatividad e individualidad de quienes concibieron las distintas

obras la pericia en su ejecución, con objeto de lograr el fin para el que fueron creadas. En ellas el artesano no pretendió reflejar la visión inmediata e individual de la realidad circundante sino el inmutable orden establecido de las cosas, es decir, lo que la religión y la sociedad egipcia consideró siempre como verdades eternas. Esto propició y perpetuó el conservadurismo de los modelos artísticos a través de fórmulas heredadas de padres a hijos lo que, sumado a la extrema especialización y jerarquización laboral, evitó bruscos cambios estilísticos. No obstante, pese a la permanencia de fórmulas ancestrales, en algunas obras es posible detectar cambios iconográficos atribuibles al contexto histórico en que surgen, como sucede en la escultura real de la XII Dinastía del Reino Medio o en la novedosa iconografía de las imágenes del periodo de Amarna, del Reino Nuevo, en las que se individualiza claramente a algunos de los personajes representados.

2.2. Materiales y técnicas del arte egipcio

Egipto contó en su subsuelo con la presencia de numerosas materias primas, entre las que se encuentran diversos tipos de rocas como el pórfiro, el granito o la diorita, el basalto, la arenisca y la caliza, constituyendo estas dos últimas las piedras más importantes tanto para la construcción de edificios como para el trabajo del escultor. Ambas se hallan repartidas a lo largo de todo el valle del río, lo mismo que sucede con los bancos de arcilla necesarios para

la producción de adobes y de objetos cerámicos. Entre sus canteras más significativas para la extracción de la arenisca destacan las de la Montaña Roja, cerca de Heliópolis, y las de la región de la catarata de Assuán, y para la obtención de la caliza la cantera de Tura, próxima a Menfis. La pizarra, la serpentina, el granito, el basalto, la diorita, el pórfido y otras piedras valiosas procedían de la región de la primera catarata y de las canteras de la Cadena Arábica. Otros materiales procedían de lugares más alejados, como el oro que se extraía de las minas de Nubia, el lapislázuli procedente de Afganistán, o la turquesa y la malaquita que debían importarse del Sinaí. Además Egipto debió también conseguir fuera de sus fronteras maderas de calidad, imprescindibles para efectuar sus ingentes edificaciones, importándose coníferas de las montañas del Líbano y maderas preciosas del Sudán.

El hecho de que Egipto contara en su subsuelo con la presencia de inagotables canteras de piedra determinó su empleo en casi todas sus obras. Ésta se reservó para la mayoría de las esculturas y para la edificación de templos y tumbas, mientras que el adobe y la madera se emplearon en la arquitectura secular. La fragilidad de estos dos últimos componentes ha dificultado la conservación de los edificios, por lo que conocemos su estructura a través de los relieves y pinturas de las tumbas o por los modelos de madera y barro, más que por los restos preservados. La piedra y la madera constituyeron también el soporte de la escultura exenta y del relieve, si bien las obras efectuadas con este último material que han sobrevivido son igualmente escasas.

La gran calidad y el pleno dominio técnico de los variados materiales con que trabajaron los operarios egipcios, algunos sumamente duros y difíciles de abordar con las herramientas de que disponían, son quizá los caracteres más destacables de todas sus obras. Las piedras blandas se trabajaron con escoplos, taladros, sierras y azuelas, mientras que las duras requerían de métodos más complejos, trabajándose con mazos de pedernal y con compactos guijarros, si bien en épocas ya tardías parece que se emplearon mazas de hierro para efectuar detalles muy precisos. Tras alisar su superficie con raederas de piedra o de bronce se procedía al pulido final de la obra mediante la utilización de fuertes estregaderas de cuarcita y con fina arena de cuarzo, empleada a modo de raspador. En el caso de que la piedra sufriera algún tipo de fractura antes de la finalización del proceso escultórico esta se reparaba ajustando los fragmentos con grapas de madera o de metal, o bien ensamblando otra parte totalmente nueva por medio de lañas.

El escultor egipcio creó también bellas imágenes utilizando el barro, la madera, el marfil y diversos metales, materiales que le permitían articular sus diversas partes proporcionándolas una mayor movilidad. La madera se usó en la escultura exenta y el relieve, empleándose nudosos árboles autóctonos, como la acacia y el sicomoro, para trabajos sencillos. También se utilizaron finas maderas importadas, como las coníferas procedentes del Líbano o el ébano traído del África tropical, para crear delicados encargos de



Figura 12. Pintura mural de la Tumba de Nebamón e Ipuky. Tebas. Reino Nuevo, XVIII Dinastía.

ebanistería (Fig. 12). Todas estas obras se trabajaron con herramientas como la sierra y el hacha, empleadas para desbastar el tronco inicial, y con la azuela y el escoplo para dar la forma definitiva a las imágenes. La superficie de las piezas efectuadas con maderas finas se suavizaba mediante uso del raspador y no se recubría con ningún otro material, salvo a veces con pan de oro. Sin embargo, las imágenes realizadas con maderas fibrosas, así como las

creadas con piedras blandas, se solían cubrir con una fina capa de yeso que, tras alisarse, se pintaba con convencionales tonalidades, buscando con ello dar más realismo a las imágenes.

Otro de los materiales empleados desde muy temprano en la estatuaria es el cobre, existiendo alusiones desde la II Dinastía de la fabricación de imágenes mediante el método de martillado, así como de toscas estatuillas macizas a lo largo del Reino Antiguo. El bronce se utilizó desde el Reino Medio para el vaciado de esculturas mediante el método de la cera perdida, fundiéndose a partir del Reino Nuevo imágenes en bronce de mayor tamaño. Por último, el

artesano egipcio utilizó materiales como el barro, empleado en la construcción y en la fabricación de objetos cerámicos, además del marfil, el lapislázuli y otras valiosas piedras duras en la ejecución de delicadas piezas de joyería y de valiosos objetos del ajuar doméstico y funerario del monarca y de su corte (Fig. 13).



Figura 13. *Pectoral de Tutankamón. Reino Nuevo, XVIII Dinastía. El Cairo, Museo Egipcio.*

2.3. La importancia de la escritura en el arte egipcio

En todas las modalidades artísticas la escritura acompañó desde tiempos remotos a las distintas obras, adquiriendo un protagonismo determinante al conferirles su imprescindible identidad. En Egipto coexistieron tres tipos de escritura: la jeroglífica, la hierática y la demótica, los cuales fueron ejecutados por los escultores en los monumentos y por los escribas, mediante el uso de pinceles, en diversos soportes, preferentemente el papiro. De ellos la jeroglífica es la que tiene una mayor importancia desde el punto de vista ornamental, además de ser la más antigua, empleándose sobre todo en el contexto religioso y funerario. La belleza con que fueron esculpidos y coloreados la multiplicidad de signos figurativos que la componen constituye de por sí una de las principales características que realzan la calidad de las distintas obras y completan su significado. Basada,



Figura 14. *Inscripción jeroglífica del Sarcófago de Dyeddyehutiefang, Hermópolis. Periodo Tardío. Turín, Museo Egipcio.*

como los otros dos tipos, en un sistema mixto ideográfico y consonántico, los complejos signos jeroglíficos pueden mostrarse en columnas verticales o en líneas horizontales, existiendo diferentes modelos en cuanto al sentido de ubicación de los ideogramas que la componen (Fig. 14).

El empleo de la escritura jeroglífica en el contexto artístico adquiere su máximo sentido y funcionalidad en las construcciones monumentales y en las artes figurativas, proporcionando una valiosa información que permite conocer la identidad y el significado de cada una de las obras. En los casos en que los retratos fueron reutilizados en etapas posteriores a su factura los rasgos del personaje inicial permanecen inmutables, si

bien su identidad cambia automáticamente al alterarse las inscripciones originales y sustituirse por otras nuevas. Mediante este cambio se suplantaba mágicamente la personalidad del personaje inicial por la del nuevo, sin que el escultor se viera obligado a alterar su antigua apariencia física.

Este complejo sistema de escritura pudo ser descifrado gracias al descubrimiento en el año 1779, por parte de las tropas napoleónicas, de una losa de basalto negro, conocida con el nombre de *Piedra Rosetta* (Fig. 15). Esta estela, guardada en el Museo Británico de Londres, contiene una inscripción trilingüe efectuada en escritura jeroglífica, en demótica y en caracteres griegos, resultando referirse esta última a un decreto sacerdotal que data de la época de Ptolomeo V, a través de cuyo estudio Jean François Champollión pudo descifrar y reconstruir el alfabeto egipcio en el año

1822. Este trascendental descubrimiento permitió leer los antiguos textos e inscripciones egipcias y aclarar la cronología de las distintas dinastías, acercando así a Occidente de forma científica esta ancestral cultura.

El segundo tipo de escritura, la hierática, aparece generalmente sobre papiro, constituyendo una adaptación simplificada de los signos figurativos de la anterior. Se empleó, preferentemente, en los textos administrativos y literarios desde el 1300 a.C. hasta el fin de esta cultura. Pese a su procedencia, es independiente del sistema jeroglífico, mostrando caracteres mucho más cursivos y apenas icónicos. La escritura hierática sirve como punto de partida para la demótica o popular, la cual es una abreviación del hierático cursivo. Esta última fue utilizada en asuntos de la vida cotidiana y, ocasionalmente, en algunos textos literarios e inscripciones en piedra, perviviendo mezclada con el alfabeto griego en la escritura copta, tras el eclipse de la antigua cultura egipcia.

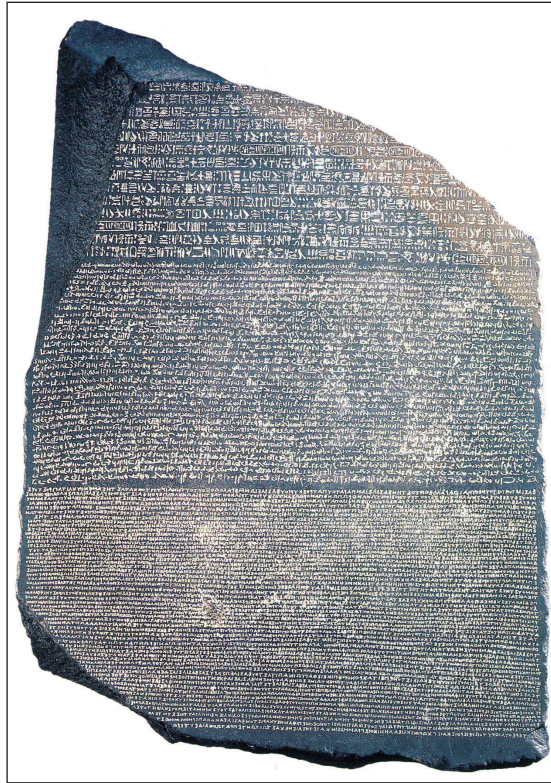


Figura 15. *Piedra Rosetta. Periodo Grecorromano, Dinastía Ptolemaica. Londres, Museo Británico.*